

TRIBUNA ABIERTA

## Las lenguas como tirachinas



POR ANTONIO NARBONA

El empleo de las lenguas como munición es bastante más peligroso, y nada tiene de juego, y menos de niños

COMO ocurre con todo lo reiterativo —hasta con la información semanal del número de muertos en accidentes de tráfico, o la ahora diaria de víctimas de la pandemia—, casi no ha sido noticia (desde luego, no destacada) que Laura Borràs, presidenta del *Parlament* catalán, que no tenía inconveniente alguno en utilizar el castellano cuando fue diputada (y jefa de *Junts per Catalunya*) en el Congreso, se negara a contestar a un periodista que le hizo no hace mucho una pregunta en castellano. «Para eso están los traductores», fue su salida.

Igualmente ha terminado por convertirse en rutina (la inquietud ante lo que es una flagrante injusticia parece ir cansando a los periodistas) el incumplimiento de las sucesivas resoluciones judiciales dictadas, desde 2010, por el Tribunal Constitucional, el Supremo y el Superior de Cataluña, en que se ordena que el castellano ha de ser *también* lengua vehicular en la enseñanza. En la última, este mismo año, un mínimo del 25% del horario escolar total.

Ya sé que episodios no muy diferentes se viven o han vivido en otras áreas bilingües. Pero sin llegar a tanto. Así, en las reuniones de profesores de muchos centros de Enseñanza Secundaria del País Vasco, quienes deciden expresarse en euskera suelen (o solían) resumir a continuación el contenido de su intervención en castellano. Y el hecho de que, cuando la discusión se acalora, el segundo se imponga (especialmente, si se recurre a vocablos malsonantes), revela que la aspiración al monolingüismo es inimaginable.

Cuesta permanecer impasible ante los intentos (vanos) de descartar el idioma cooficial del que se sirven prácticamente todos los catalanes y de utilizar en exclusiva el que algunos hablan no sin dificultades y escriben con insuficiente competencia. Es verdad que, a lo largo de la historia, una de las primeras herramientas de los conquistadores y colonizadores ha sido despojar a los dominados de su lengua, arrinconándola e incluso silenciándola, en ocasiones por la fuerza, y en ciertos casos por la aceptación interesada por los dominados de la sobrevenida. Pero nada tiene que ver con tales procesos la voluntad actual de 'barrer' el español en una situación en la que las dos lenguas —como los propios catalanes reconocen— conviven sin problema alguno. Muchísimo tendrían que cambiar las circunstancias para que triunfara la pretensión de lograr lo que supondría un suicidio sin motivo alguno de la población, que no parece muy dispuesta al sacrificio.

¿A qué viene negarse a usar un idioma tan *suyo* como el que pretende sea único? El lector cono-

ce de sobra la respuesta, que, al igual que en todo lo que pertenece al ámbito de los sentimientos y apasionamientos, desborda los límites de lo razonable. Pero precisamente de eso se trata, de mostrar la irracionalidad de ciertas reacciones y actitudes y hacer entrar en *razón* a los que las adoptan. Porque una lengua no es simplemente un *medio* o *instrumento* para transmitir contenidos o informaciones, sino el moldeador decisivo de la personalidad del individuo y de su conciencia como miembro activo de la *comunidad* en que habitualmente se *comun-ica*. La cohesión social que proporciona compartir un idioma es (muy) superior a la que deriva de la pertenencia a una nación, incluso a un Estado, cuando lo hay. Y los hablantes de una región bilingüe, no sólo no pierden, sino que salen ganando. Es difícil de entender que haya responsables políticos que estén a favor de la mutilación empobrecedora, no de la mitad, sino de *todos* los ciudadanos. Menos mal que es algo inviable, pues los usuarios no están dispuestos a renunciar a la fortuna que supone disponer de una de las escasísimas lenguas de cultura del mundo.

El aumento del repudio del español a un ritmo equiparable al de las multas a quienes incumplen



ABC

el Codi de consum, que obliga a redactar contratos y escritos en catalán (la otra cara de la misma moneda), me ha traído a la mente las peleas infantiles con *tirachinas* (o *tirachinos*), en las que uno solía ver pasar (muy) cerca los pequeños (o no tanto) pedruscos lanzados por el 'enemigo'. Si bien no era frecuente que alguien acabara con un ojo perdido o dañado, los chichones no eran escasos. Lo que pasa es que el empleo de las lenguas como munición es bastante más peligroso, y nada tiene de juego, y menos de niños.

No, no cabe 'explicar' por qué se ha de transformar el *deber* de conocer los dos idiomas 'propios' en la *obligación* de usar sólo *uno*, máxime si aquel del que se 'tiene que' prescindir es el que más cuenta trae. Según el *Diccionario académico*, lo obvio «se encuentra delante de los ojos». Cuando de los usos lingüísticos se trata, habría que añadir «y de los oídos», y, por lo que se oye y lee, no hay más remedio que seguir insistiendo en algunas obviedades.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA